

# Pepe el Romano

de Ernesto Caballero

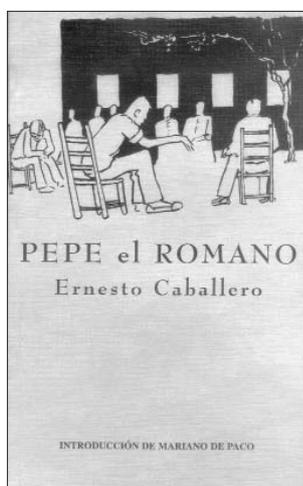
Paloma Pedrero

**Pepe el Romano**

de  
**Ernesto Caballero**

Introducción de  
**Mariano de Paco**

Edición:  
**Universidad de Murcia 2003**



A los hombres parecen importarles menos las apariencias. En *La casa de Bernarda Alba*, de Federico García Lorca, todo es el qué dirán. Aquí, en el patio de los hombres que inventa Ernesto Caballero, todo es más bien cobardía. La Bernarda Alba es un ser de hierro con un vidrio en punta por corazón. Bernarda es mala y fascista y mineral. Pepe el Romano es cobarde, avaricioso e interesado, pero parece que tiene corazón. Parecen los hombres del patio de Bernarda mejores seres que las mujeres de la casa de la misma individua. Es curioso. ¿Es que Bernarda a fuerza de bastón acabó con el órgano sensible de todos los habitantes de su casa? Solo una de las hijas, Magdalena, llora la muerte del padre. Después lloran a Adela, la rebelde, pero es tarde y no acabas de creerte esas lágrimas. Ernesto Caballero hace gemir a Cano, el tonto-listo, personaje que tanto juego dramático da siempre. Hace llorar desconsoladamente al tonto-listo y los otros hombres de la obra, el viudo Darajalí, El poeta, Pepe el Romano, Maximiliano, y Evaristo Colín, se muestran impresionados, compungidos, dolidos de verdad, a pesar de lo machos que son todos. «Bueno, no nos vamos a poner ahora sensibles, como las de ahí adentro», interrumpe el protagonista para romper el silencio extraño que ha creado la situación. Es esa una de las escenas que más me gustan, pero hay otras que también me han llegado. Me ha gustado mucho *Pepe el Romano*. Es cierto que se lee mejor después de haber leído, o releído *La casa de Bernarda Alba*. Es el ala exterior de la tragedia. Es la historia aludida. Ernesto Caballero nos cuenta con un par, porque hay que tener agallas para ponerte al solecito de Lorca, lo que pasa afuera de esos muros. Lo que hacen los hombres de los que hablan las mujeres en el drama lorquiano. Nos les pone a hablar, a pelear, a jugar, a filosofar. Quizá sí que filosofan un poco demasiado. Pero los personajes de Lorca en *La casa...* tampoco se cortan mucho con las filosofías.

Y *Pepe el Romano* resulta ser lo que dicen que es las mujeres de la obra primigenia. Pepe es un guaperas de veinticinco años

que no quiere ser campesino, que ha decidido usar los brazos sólo para abrazar hembras, que quiere vivir del cuento, es decir, de las cuatro perras que tiene de herencia Angustias, la hija mayor, casi vieja, de los Benavides. Y resulta, que este macarra está enamorado de Adela, la única que no parece fea. Pero, ay, el dinero es el dinero. Y ni por el más angustioso suspiro de la pálida rosa está dispuesto el Romano a enfrentarse a la verdad. O al amor.

Las cosas son como las contaba Lorca a través de sus personajes encerrados. No hay misterio escondido. No hay una carta debajo de la manga del autor madrileño. No, Pepe el Romano y los otros hombres, coro de machos, parecen expresar un poco más los sentimientos —cosa extraña en los hombres— pero son lo que sabíamos que eran. Poca cosa.

En la obra primera hay, sin embargo, una heroína. Adela se rebela contra la madre y provoca una transformación. Una tragedia. El mundo de los hombres, que pinta con matices Ernesto Caballero, es más tosco, pesado, pasivo. Todos, de una forma u otra, se dejan matar. Ninguno lucha con arrojo por su deseo. Parece que el calor, sin los muros de piedra, ya ha podido con ellos. Los ha vencido.

Uno de los personajes de esta obra es el propio Federico García Lorca, el poeta. Un personaje a veces distanciado, a veces implicado en los conflictos del drama. Quizás, y desde mi punto de vista, un personaje más formal que vivo. Sólo en la escena que se insinúa al Romano se me hace de carne y hueso. Se desvela.

La estructura de la obra es notable y juega con los tres actos de «La Bernarda». El mismo tiempo y un espacio muy sugerente. El patio de la casa en el primer acto, y la plaza a la que dan las ventanas de la misma casa, donde las mujeres cuelgan las sábanas lavadas, en los otros dos. Todo tiene un sentido simbólico y se busca la plástica escénica. En *Pepe el Romano* nos llega el mundo femenino con toda la fuerza que tenía el masculino en *La casa de Bernarda Alba*. A

ellas también puedes imaginártelas. Las hembras encerradas dejan su olor y su sabor en ese espacio abierto al sol abrasador de los hombres, pero cerrado al coraje, a la libertad personal, a la lucha por transformar las cosas, a la dignidad. De estos hombres, incluido el Federico García que concibe Caballero, no se puede esperar más que esperar. En el juego especulativo que plantea el autor percibimos los otros elementos de la tragedia lorquiana. Los sonidos, la locura, el caballo, los vientos. Todas las desazones que empujan a las tragedias. Leyendo la obra he imaginado perfectamente la representación. Y se goza.

Otro de los retos, bien superado, es el lenguaje. Se mete Ernesto Caballero en unos diálogos densos, poéticos, rurales. Con algunas frases que parecen sacadas del saco mágico de Federico —claro que Federico tomaba las palabras del saco de la gente de la calle—. Con algunos diálogos espléndidos

y reveladores. Hay una frase que dice el medio loco o medio tonto de Cano que a mí me ha dicho mucho de lo que puede llegar a sentir un macho humano en la vida «¿Eres hombre? ¿Eres hombre? Pues venga a hacer, a cambiar, a abrir zanjas y arar los mares». Un sentimiento muy universal por cierto, las mujeres podríamos decir exactamente lo mismo. Si hay que ponerle un pero, o un perillo, me sobran unos cuantos refranes. Sobre todo los que dice el Poeta. Yo creo que Federico no necesitaba de sabiduría ajena, al menos en el lenguaje.

Sin ases en la manga, sin revelaciones, con un respeto grande al poeta andaluz, Ernesto Caballero ha escrito una obra lúcida y hermosa, donde vuelve a poner de manifiesto su talento de dramaturgo todoterreno. *Pepe el Romano* hubiera merecido ese *Max*, al que el autor renunció de antemano. Hizo bien. No se lo hubieran dado. Demasiada poesía para un premio tan político. ■

## Pim, pam, clown (La guerra de los payasos) de Tomás Afán Muñoz

Ignacio del Moral

**Pim, Pam, Clown**  
(La guerra de los payasos)

de  
Tomás Afán Muñoz

Edición:  
ASSITEJ-ESPAÑA  
Madrid, 2004

Tuve conocimiento de Tomás Afán cuando me tocó leer un texto suyo (no recuerdo ahora el nombre) como jurado de un concurso teatral.

Inmediatamente llamó mi atención su rapidez de diálogo y su brillante sentido del humor. No conseguí convencer al resto del jurado (el premio quedó desierto), pero después he tenido ocasión de seguir su trayectoria, sus premios, y me alegra comprobar que yo no estaba equivocado.

Recientemente leí su texto *Esencia Patria*, un texto denso, ácido y atrevido, y ahora me corresponde comentar *Pim, Pam, Clown*, texto con el que el autor obtiene el Premio ASSITEJ-España de teatro para la infancia y la Juventud.

La lectura del texto, y más si se hace como ganador de un premio de teatro para jóvenes espectadores provoca una inicial perplejidad, pero inmediatamente se va abriendo

paso la admiración. *Pim, Pam...* está compuesto por una serie de breves escenas (nueve) que, como su subtítulo anuncia, pueden servir para su desarrollo por payasos. Cada escena está protagonizada por dos o tres personajes, y tiene una longitud de cuatro a seis páginas.

Y, como en las mejores muestras de este peculiar género, son concisas, hilarantes y poéticas, crueles y tiernas. Imposible no encontrar ecos de Gila y sus monólogos telefónicos acerca de la guerra: la ironía, la piedad y la crudeza surrealista de los diálogos, su acertadísima intención, provocan la mueca a la vez que la carcajada. Y también se rastrea la presencia de Beckett, la de Ionesco...

Las escenas, de desarrollo independiente, van conformando un argumento que culmina en la desoladora escena final («El día de la victoria»), de la que no me resisto a transcribir un párrafo, que es representativo del conjunto: